

A woman with blonde hair tied back, wearing a vibrant red coat and black leggings, is captured in a dynamic running pose on a dirt path. The background is a soft, out-of-focus landscape with green and blue tones. The text 'LOS AUSENTES' is overlaid in large white letters, and the author's name 'JUANA CORTÉS AMUNARRIZ' is below it.

LOS AUSENTES

JUANA CORTÉS AMUNARRIZ

País Vasco, 2007. Tras el fracaso de la última tregua, ETA prepara un nuevo golpe para demostrar su cuestionada fortaleza. Dos encapuchados secuestran a punta de pistola a Bixen Alzola, profesor de universidad y defensor de la vía pacífica como única alternativa para solucionar el conflicto vasco. Cuando su mujer, Leire, recibe la llamada de la organización terrorista reivindicando la acción, siente que su mundo se resquebraja. Sabe que las posibilidades de que su marido salga indemne son mínimas. Durante esa larga noche, Leire toma una decisión: hará todo lo que esté en su mano para salvar la vida de su marido.

¿De qué será capaz? ¿Hasta dónde está dispuesta a llegar? Y ¿qué precio va a pagar por ello? Porque ya nada será igual. No hay vuelta atrás. Nunca la hay cuando se traspasan ciertos límites.

Los ausentes es una novela sobre la violencia, violencia que paulatinamente irá arrastrando a todos los personajes, sin que nadie, ni nada, logre detenerla.

Índice

Parte I

Leire y Bixen

Roque

Bixen

Leire

Tor y Chus

Leire

Ander

Bixen

Leire

Bixen

Roque

Leire

Bixen

Leire

Bixen

Leire

Ander

Isa

Leire

Roque

Leire

Ander

Leire

Roque

Ander

Leire

Bixen

Leire

Parte II

Mertxe

Ander

Mertxe

Bixen

Mertxe

Leire

Kuti

Bixen

Kuti

Leire

Camino del caserío

En el caserío

Leire

Maidar

Ander

En el caserío. Primera llamada

Bixen

Leire. Primera llamada

Mertxe

En el caserío. Segunda llamada

Leire. Segunda llamada

Bixen

Azeri

Tor

Parte III

Caserío. Tercera llamada

Leire. Tercera llamada

Mertxe

Ander

Caserío. Cuarta llamada

Bixen

Leire. Cuarta llamada

En el caserío

Ander

En el caserío

Maidar

Asier

En el caserío

Leire

Julen

Bixen

Kuti

Roque

Ander

Blasco

Leire

En casa de Kuti

Blasco

Roque

Bixen

Leire

Parte IV

Azeri

Antonio

Ander

Kuti

Bixen

Leire

Kuti y Mertxe

Bixen

Azeri

Leire

Julen

Leire

Kuti

Ander

En comisaría

Leire

Julen

Azeri

Roque

Leire

Todos

Epílogo. Leire y Bixen

Agradecimientos

Notas

*A mi padre, Francisco Cortés,
un hombre bueno*

AUSENTE: persona de quien se ignora si vive todavía y dónde está.

Diccionario de la RAE

*Mesedez ozen esan negua joan egin dela
Izara guztiak erre ditut eta.*

Zea Mays, Negua joan da ta

*[Por favor, di en alto que el invierno se ha ido
porque he quemado todas las sábanas.*

Zea Mays, Porque el invierno se ha ido]

Irún, Guipúzcoa, País Vasco
Miércoles, 7 de noviembre de 2007

PARTE I

Leire y Bixen

Todavía no lo sabían, pero recordarían muchas veces esa mañana, la última de una vida que estaba a punto de desaparecer. Parecía un miércoles cualquiera. Había llovido por la noche. Bixen no se había enterado; cuando tomaba Lorzepam dormía profundamente. Ella sí. Leire había escuchado la lluvia golpeando los cristales en diversas ocasiones.

—Compra pan integral —dijo Bixen, asomado a la puerta de la cocina, mientras se ponía la parka.

Leire se volvió. Un mechón de pelo castaño le caía sobre los ojos. Llevaba su pijama de cuadros y sostenía en la mano una taza de café.

—Hoy sales antes —dijo mirando el reloj de la cocina.

Hablaban de cosas sin importancia. No podían imaginar que estaban a punto de perder un tiempo único, irrecuperable.

—Me voy en tren. Seguro que han cortado la carretera otra vez.

—¿Qué ha pasado?

—Ayer por la noche hubo una operación policial en Pasajes. Han desarticulado un comando. Lo he escuchado en la radio mientras me duchaba.

Leire frunció la nariz, en un gesto inconsciente. Sabían lo que significaba una noticia así. Aunque habían quedado atrás los años duros de la *kale borroka*, cualquier intervención contra ETA suponía movilizaciones. Violencia callejera, barricadas, contenedores quemados, mobiliario urbano destrozado, ataques a sedes de partidos políticos y a edificios institucionales. Lo mejor era andarse con cuidado y evitar las zonas conflictivas.

—No creo que nos dejen dar clase. Aprovecharé para poner al día los temas administrativos que me dan tanta pereza... Espero estar de vuelta pronto —dijo Bixen acercándose a ella para despedirse.

—Un momento...

Leire levantó los brazos y le quitó las gafas. Bixen medía uno noventa y dos, en cambio ella no llegaba al metro setenta. Sin las gafas, los ojos de él, de un color gris oscuro, parecían un poco tristes. Leire se las acercó a la boca y exhaló su aliento en los cristales. Acto seguido, los limpió con una esquina de su pijama de algodón.

—Ya está. No sé cómo puedes ver con las gafas tan sucias.

Él sonrió, como un crío travieso acostumbrado a escuchar siempre la misma perorata, y se colocó las gafas. Está animado, pensó Leire. Faltaba ya poco para la operación, todo iba bien. Al besarle en los labios, sintió el suave cosquilleo que le provocaba siempre el contacto con su barba.

Solo más tarde, al mirar atrás, recordarían cada detalle intrascendente, lo hermoso de aquella indiferencia.

—Acuérdate de la compra —le dijo Bixen antes de cerrar la puerta de la casa.

—Pan integral y yogures desnatados —le contestó Leire.

Roque

Cuando sonó su móvil Roque estaba en una furgoneta Fiat Ducato blanca, en una gasolinera a la salida de San Juan de Luz. Había quedado allí con un tipo, un comercial de una empresa de neumáticos. Aquel hombre viajaba con frecuencia y podía ser un buen contacto para obtener información, contratar pisos o mover armas por toda Francia. Sabían que necesitaba dinero, así que confiaba en que fuera fácil de convencer.

La mañana era oscura, las nubes cubrían el cielo y había en el aire un presagio de tormenta. La calefacción no funcionaba. Se frotó las manos para calentarlas antes de contestar la llamada. Reconoció el número de Azeri. ¿Qué quería ahora?

—El objetivo uno se ha largado.

—Pero ¿qué dices?

—Que el muy cabrón ha puesto tierra de por medio. Llevamos dos días sin saber de él —dijo Azeri cabreado.

Roque miró a su alrededor a través de las ventanillas del coche.

—Me apuesto lo que quieras a que alguien le dio el chivatazo. A saber dónde se ha escondido... A mí me da que a ese no le volvemos a ver el pelo por aquí —continuó Azeri.

Un Renault Clio se había parado junto al surtidor de diésel. Roque se fijó en él unos segundos, hasta que el conductor salió. Tenía el pelo canoso y cojeaba ligeramente. Lo ignoró; aquel no era el hombre que esperaba.

—Tenemos que pensar bien qué hacemos —opinó Roque—. Además, nos han jodido con lo de Pasajes. ¿Los co-

nocías?

—No. Era un comando nuevo.

—Lo mejor será pararlo todo.

—¡Ni de coña!

Azeri pertenecía a las nuevas generaciones. Tenía ganas de comerse el mundo, y quizás por esa razón era tan temerario.

—Mira... No es bueno improvisar, tío.

—No vamos a parar nada.

Niñato de mierda. ¿Quién cojones se cree este para darme órdenes?, pensó Roque. Azeri no tenía ni idea de lo que habían vivido hasta llegar ahí. Creía que todo se arreglaba a hostias. Se mordió la lengua para no mandarle a tomar por culo.

—De acuerdo. Objetivo dos —dijo Roque de mala gana.

Las conversaciones con Azeri solían acabar así, con él haciendo de tripas corazón. Porque las disputas en la banda eran cada vez más frecuentes y eso no les beneficiaba.

—Estamos en contacto —dijo Azeri antes de colgar.

Roque inspiró profundamente para controlar la rabia que sentía. Era consciente de que, después de todos aquellos años, le estaban ninguneando. Más de media vida entregada a la banda y ahora esto...

El golpeteo de unos nudillos en la ventanilla le sobresaltó. El enfado le había hecho perder la concentración, y ese era un lujo que no se podía permitir. Los despistes se pagaban caros. Por suerte, se trataba de aquel comercial al que esperaba. Roque accionó el cierre.

El tipo, un hombre bajito y calvo, se metió en la furgoneta. Parecía un conejo asustado. ¡Vaya fichaje!, pensó Roque mirándolo de arriba abajo.

Bixen

Al llegar a Irún, llovía. Bixen salió de la estación del topo en dirección a su casa. Vivían en una antigua villa en la parte alta de la ciudad, donde hacía años se encontraba la fábrica de chocolates Elgorriaga. Muy cerca estaba el parque Mendibil, que albergaba el conservatorio de música, rodeado de magnolios, laureles y arces. Era un barrio tranquilo.

Caminó bajo la fina lluvia, sintiendo las gotas sobre el cuero cabelludo. Una vez más, se había dejado el paraguas en el despacho. Estaba cerca de su calle cuando se cruzó con Patxi, el dueño del taller mecánico, que vivía en una casa próxima a la suya. Desde hacía algún tiempo su vecino le evitaba. Y, por desgracia, no era el único.

—Agur —le dijo Bixen.

Patxi le devolvió el saludo con gesto serio.

Estaba deseando llegar a casa, quitarse la ropa mojada y relajarse. No había tenido un buen día. Un grupo de radicales había reventado su clase. Entre insultos y amenazas, habían echado del aula a los pocos alumnos que se habían atrevido a acudir. Un día más de enfrentamientos y nervios, de dar la cara para qué, si no parecía que fuera a cambiar nada.

Estaba a unos cien metros de su casa. Sostenía las llaves entre los dedos de la mano derecha, que llevaba en el bolsillo. Concentrado en sus pensamientos, no reparó en los dos hombres que estaban en el interior de un Ford Focus de color gris. ¿Haría esa noche con Leire? ¿Se decidiría a contárselo? Ya habían pasado varios días y... Quizás durante la cena.